

VERDAD E HISTORIA

Francis A. Schaeffer

Miami, Florida 1989

La Biblia es la clave para la comprensión del universo y su forma, así como para comprender la humanidad del hombre. Sin esta clave nuestras observaciones están fuera de perspectiva; no sabemos a qué estamos mirando. Siendo tal el caso, nuestras conclusiones acerca de lo que estamos mirando pueden estar equivocadas.

A menos que se nos informe acerca de nuestros comienzos, no hallaremos sentido en nuestra historia presente. El estudio secular es incapaz de hacer esto. Esto no quiere decir que el estudio de la historia y de la ciencia sea irrelevante o inútil, sino que cuando se finaliza el estudio secular, las preguntas más importantes quedan aún sin contestar. Tal estudio puede decirnos mucho en cuanto a patrones y estadísticas, pero no la razón y el significado de todo esto. La gente del siglo veinte sabe que algo existe, pero no tiene manera de decir qué significa ese algo.

Por esto es que los primeros capítulos del Génesis son tan importantes. Estos capítulos nos indican la historia que viene antes de cualquier cosa que los historiadores seculares jamás han sido capaces de aseverar, y es esta historia pre-secular la que da significado a la historia presente de la raza humana.

Algunas personas erróneamente creen que uno puede «espiritualizar» y descartar la historia de los primeros capítulos de Génesis, y que eso no haría mayor diferencia. Arguyen que estos capítulos no son historia, sino algo así como parábolas. Este tipo de pensamiento desprecia el contenido factual, que da información acerca de la historia y del cosmos. Los que hacen eso algunas veces se imaginan que el hacerlo importa poco o no importa nada. Pero la verdad es que cambia todo. Por cuanto esos capítulos nos dicen el por qué (significado y sentido) de toda la historia subsecuente que los historiadores pueden conocer por medio de sus investigaciones. Estos capítulos nos dicen también el por qué de nuestra propia historia personal.

Por esta razón podemos decir que, en este sentido, los primeros capítulos de Génesis son más importantes que cualquier otra cosa que pudiéramos tener. Ellos son el mismo fundamento sobre el cual descansa todo conocimiento. Así aprendemos de ellos que antes de la creación del universo ya existía el Dios infinito y personal, y que El creó el universo (el continuo tiempo-espacio) por decisión propia, de la nada. La creación no fue sin causa.

El Dios infinito y personal fue su causa. El decidió crear, quiso crear, y «fue así»: llegó a existir. *Señor, digno eres de recibir la gloria, y la honra, y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.*

Apocalipsis 4:11

Como ya se ha visto, aprendemos también el hecho de que el hombre fue hecho «a imagen de Dios», una persona, y que luego hubo una caída que tuvo lugar en el tiempo y en el espacio.

Toda la información dada en la Biblia fluye de la información dada en los primeros capítulos de Génesis. Para poder entender el mundo como es, y a nosotros mismos como somos, debemos saber el flujo de la historia que se nos da en estos capítulos. Quítese esto, y el flujo de la historia de pierde. Quítese esto, e incluso la muerte de Cristo no tiene sentido.

De modo que la Biblia nos dice quiénes somos y quiénes son las demás personas. Nos dice cómo las personas se diferencian de todas las demás cosas. No hay necesidad de confundirse, como lo está mucho de la raza humana moderna, en cuanto a la distinción de las personas de la vida animal o de las complicadas máquinas de la segunda mitad del siglo veinte. De súbito, la gente tiene un valor único, y podemos entender cómo es que cada uno de nosotros es diferente como una persona.

Todavía más, podemos ver que todas las personas deben ser distinguidas similarmente de todo lo

que no es humano, y por lo tanto, nosotros mismos debemos considerar a otros como teniendo gran valor. Cualquiera que mata a una persona no está sencillamente matando un miembro de la misma especie biológica, sino alguien de asombroso valor, alguien hecho a imagen, a semejanza, de Dios.

Cualquier persona, mujer y niño es de gran valor, no por algún motivo ulterior tal como una gratificación propia, o riqueza, o poder, o como objeto sexual, o para «el bien de la sociedad», o para el mantenimiento del banco de genes, sino sólo debido a su origen.

Este flujo de la historia que brota del Génesis tiene implicaciones en cada aspecto de nuestra vida. Cada uno de nosotros se encuentra en el flujo de la historia. Al mirarnos a nosotros mismos en el flujo de la realidad espacio-tiempo, vemos nuestro origen en Adán y Eva, y sabemos que Dios ha creado a cada ser humano a su propia imagen.

CAPITULO 5

En el capítulo anterior notamos que la Biblia nos da la explicación para la existencia del universo y su forma, y por la índole humana del ser humano. Para decirlo de otro modo, hemos llegado a ver que el universo y su forma, tanto como el ser humano, son testimonios de la verdad de la Biblia. En este capítulo consideraremos un tercer testimonio: La apertura de la Biblia a la verificación por medio del estudio histórico.

El cristianismo involucra la historia. Decir sólo eso ya es decir algo importante por cuanto separa la perspectiva judeocristiana del mundo de casi todos los demás conceptos religiosos. El cristianismo tiene raíces históricas.

La Biblia nos dice cómo Dios se comunicó con el hombre en la historia. Dios se reveló a sí mismo a Abraham en determinado momento y en un punto geográfico en particular. Así también lo hizo con Moisés, David, Isaías y Daniel. Las implicaciones de esto son extremadamente importantes para nosotros. Debido a que la verdad que Dios ha comunicado en la Biblia está tan entrelazada con el flujo de los acontecimientos humanos, es posible confirmar algunos de los detalles históricos por medio del estudio de la historia.

Es significativo que exista esta posibilidad. Compárese la información que tenemos de otros continentes de ese período. Sabemos comparativamente muy poco en cuanto a lo que ocurrió en Africa, o en América del Sur, o en China o en Rusia, o incluso en Europa.

Vemos hermosas ruinas de templos y cementerios, figuras, utensilios, y cosas por el estilo, pero no hay mucho de la «historia» real que pueda reconstruirse; por lo menos no mucho en comparación con lo que es posible hacer en cuanto al Medio Oriente.

Cuando miramos al material que se ha descubierto desde el Nilo hasta el Eufrates, que se deriva desde 2500 a.C., estamos en una situación completamente diferente de la que tenemos en cuanto a América del Sur o a Asia. Los reyes de Egipto y Asiria construyeron miles de monumentos conmemorando sus victorias, y para contar sus diferentes conquistas. Bibliotecas completas han sido descubiertas en lugares tales como Nuzu y Mari, y más recientemente en Ebla, lo cual nos da cientos de miles de textos que relatan los detalles históricos de su tiempo. Es dentro de esta área geográfica que se ubica la Biblia. De modo que es posible hallar material que respalda lo que la Biblia nos dice.

La Biblia procede a darnos información sobre la historia. ¿Es exacta la historia? Cuanto más comprendemos sobre el Medio Oriente entre los años 2500 a.C. y 100 d.C., tanto más confiados podemos estar de que la información que nos da la Biblia es confiable, incluso cuando habla acerca de cosas simples de tiempo y espacio.

Moisés y Josué

El Monte Sinaí es uno de los sitios más importantes en toda la Biblia. Fue allí a donde el pueblo

hebreo llegó poco después de haber salido de Egipto. Allí Dios les habló por medio de Moisés, dándoles direcciones para su vida como nación recientemente formada, y haciendo un pacto con ellos. Lo que se debe notar en cuanto a este momento especial para Israel es el énfasis en la historia que la misma Biblia hace. Vez tras vez Moisés recuerda al pueblo lo que ocurrió en el Monte Sinaí:

Y os acercasteis y os pusisteis al pie del monte; y el monte ardía en fuego hasta en medio de los cielos con tinieblas, nube y oscuridad; y habló Jehová con vosotros de en medio del fuego; oísteis la voz de sus palabras, mas a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis.

Deuteronomio 4:11,12

Moisés enfatiza que los vivían en aquel tiempo realmente oyeron la comunicación directa de Dios en palabras. También fueron testigos presenciales de lo que había ocurrido; vieron la nube y el monte ardiendo con fuego. Vieron y oyeron. De la misma manera habían sido testigos de los notables acontecimientos que habían acompañado a su salida de Egipto poco antes: «Mas vuestros ojos han visto todas las grandes obras que Jehová ha hecho» (Deuteronomio 11:7). Por consiguiente, Moisés dice, basado en lo que ellos mismos habían visto y oído en su propia vida, que no debían tener miedo de sus enemigos presentes ni futuros.

No tengas temor de ellas; acuérdate bien de lo que hizo Jehová tu Dios con Faraón y con todo Egipto; de las grandes pruebas que vieron tus ojos, y de las señales y milagros, y de la mano poderosa y el brazo extendido con que Jehová tu Dios te sacó; así hará Jehová tu Dios con todos los pueblos de cuya presencia tú temieres.

Deuteronomio 7:18,19

Basado en lo mismo, también Moisés los exhortó a que obedecieran a Dios: «Por tanto, guárdate, y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto...» (Deuteronomio 4:9).

De este modo, la confianza del pueblo en Dios y su obediencia a El están igualmente enraizadas en una verdad que es histórica y observable. Por consiguiente, los registros históricos están sujetos a estudios basados en hechos; los registros históricos están abiertos no sólo para la verificación, sino igualmente para la falsificación. La relación entre Dios y su pueblo no se basaba en una experiencia interna dentro de su mente, sino sobre una realidad que habían visto y oído. Fueron llamados a obedecer a Dios no debido a un salto de fe, sino debido a los actos reales de Dios en la historia; porque Dios es un Dios viviente no es un sistema «cerrado» de causas naturales. El universo es creación de Dios y está «abierto» a El. Dios ha actuado en la historia, en una historia que puede ser vista.

«La verdad religiosa» de acuerdo a la Biblia involucra la misma suerte de verdad por la cual la gente opera en su vida diaria. Si algo es verdad, entonces lo opuesto no puede ser también verdad. Por ejemplo, si los israelitas fueron esclavos en Egipto bajo los faraones egipcios, en un momento particular de la historia, entonces no puede ser cierto también que al mismo tiempo los israelitas no eran esclavos en Egipto. De la misma manera, si Jesús resucitó de entre los muertos, su cuerpo no puede ser hallado donde fue sepultado cerca de Jerusalén.

Este es el punto de vista de la Biblia en cuanto a la verdad; ciertas cosas son ciertas cuyos opuestos no son verdad. Es importante entender que este concepto de la verdad no empezó con los griegos, como alguna gente sugiere. Dios hizo la mente humana en sí misma de modo que todos actuamos sobre esto. Incluso los que niegan el concepto, actúan sobre él en la práctica. Si alguien dice que toda verdad es relativa, está diciendo absolutamente que esto es verdad. Las necesidades de la vida diaria hacen mentiroso el pensamiento relativista.

Desde el punto de vista de la Biblia, toda verdad final descansa sobre el hecho de que el Dios infinito y personal existe, en contraste con su no existencia. Esto significa que Dios existe objetivamente; existe, sea que la gente diga que existe o que no. La Biblia también nos enseña que Dios es personal. Eso significa, por tanto, que la aseveración: «Dios no existe» y de que «Dios es

impersonal» son falsas.

Tres cosas deben ser enfatizadas en cuanto al punto de vista hebreo (y bíblico) de la verdad.

1. En el punto de vista hebreo (y bíblico), la verdad está cimentada finalmente en la existencia y carácter de Dios, y en lo que nos ha sido dado por Dios en la creación y en la revelación. Debido a que la gente es finita, la realidad no puede ser agotada por la razón humana. La raza humana, siendo limitada, puede conocer muchas cosas sólo por medio de la revelación. (La verdad bíblica es abundantemente completa. De modo que, en tanto que lo que la Biblia enseña puede ser puesto en palabras y debatido, nos da las cosas en equilibrio de tal modo que su enseñanza como un todo es a menudo más rica que cualquier afirmación individual citada a manera de texto de prueba.)
2. El punto de vista bíblico de la verdad no es un punto de vista de la verdad inferior al griego, sino uno más alto. La perspectiva judeocristiana del mundo no es meramente un sistema filosófico acerca del cual razonar en abstracto como un sistema hermosamente balanceado, como lo hicieron los griegos. Es ciertamente una perspectiva del mundo que da sentido a nuestra experiencia. Pero es más que eso; es una perspectiva del mundo que se relaciona con la historia y por consiguiente abierta, en puntos cruciales, a la confirmación por medio de lo que puede ser tocado o visto.
3. Es un punto de vista de la verdad que involucra a la persona entera; es para ser disfrutado; es para ser sostenido aún contra la oposición y la contradicción. Exige elección y compromiso. ¿Por qué? Porque es objetivamente verdad. Es verdad tanto para Dios como para nosotros. Así, el punto de vista hebreo (y bíblico) de la verdad, antes que ser similar al concepto moderno relativista (o dialéctico o existencialista) de la verdad, es completamente contrario al tal.

Es dentro de esta perspectiva judeocristiana de la verdad que, por su propia insistencia, debemos entender la Biblia. Moisés podía apelar a acontecimientos históricos reales como la base para la confianza de Israel y su obediencia en el futuro. Podía incluso pasar a subsecuentes generaciones recordatorios físicos de lo que Dios había hecho, de modo que el pueblo podía verlos y recordar. Así, por ejemplo, les dio los 10 mandamientos en dos tablas de piedras, las cuales debían ser guardadas en el arca del pacto. De la misma manera, les dio una vasija de maná (el alimento que Dios les proporcionó durante su peregrinaje en el desierto), y la vara que perteneció a Aarón, su hermano, la cual había sido usada en Egipto y posteriormente como una señal del poder y la presencia de Dios. Estas cosas fueron conservadas como testigos silenciosos de la verdad; fueron observables en la historia, de generación en generación, dentro del santuario hebreo.

En tiempos de Josué, quien sucedió a Moisés en el liderazgo de los judíos, encontramos el mismo énfasis en el testimonio histórico como en los escritos de Moisés: «Josué también levantó doce piedras en medio del Jordán, en el lugar donde estuvieron los pies de los sacerdotes que llevaban el arca del pacto; y han estado allí hasta hoy» (Josué 4:9). Dios no es una fuerza o idea abstracta. La experiencia de Dios que tiene el hombre no es algo que está sólo en su mente. Dios está activo en la historia. Así como en tiempo de Moisés Dios ordenó que se conservara varios objetos como recordatorios físicos de lo que El había hecho, Dios hizo lo mismo en tiempos de Josué.

Dios secó temporalmente el río Jordán de modo que los judíos pudieran pasar. Como un memorial de tal hecho —de modo que pudiera ser observado por las generaciones subsecuentes— se erigieron dos pilares de doce piedras cada uno. El primer obelisco fue levantado en el lecho del río Jordán, mientras el pueblo estaba todavía pasando. Así, por siglos se podía ver cuando las aguas del Jordán estaban bajas. El segundo obelisco fue hecho de piedras que los hebreos tomaron del lecho del río, cuando pasaban, y las amontonaron en tierra seca en su campamento en Gilgal: «Y Josué erigió en Gilgal las doce piedras que habían traído del Jordán» (Josué 4:20).

Abraham e Isaac

El relato de la Biblia de la vida de Abraham también hace énfasis en acontecimientos históricos. Esto se torna especialmente obvio —e importante— en la narración del «sacrificio» de Isaac, el hijo de Abraham.

La Biblia coloca este acontecimiento en un marco de referencia definido. Se nos dice, por ejemplo, que Abraham recibió instrucciones de Dios para llevar a Isaac a cierto monte en particular: el monte Moriah, un largo camino de tres días desde donde Abraham e Isaac se encontraban. Esto es importante, y no sólo un detalle del pasado. Este fue el sitio en el cual Salomón muchos años más tarde edificaría el templo. El Nuevo Testamento nos dice que Jesús murió no lejos de ese lugar.

Nada de esto ocurrió por casualidad. Jesús murió como el Cordero prometido de Dios, como Juan el Bautista lo llama. Murió para quitar el pecado del mundo. Como tal, es el cumplimiento de lo que fue prefigurado en el «casi sacrificio» de Isaac, un poco menos de dos mil años antes. Y como tal, también, Jesús es el cumplimiento de todos los sacrificios asociados con el tabernáculo y el templo. Dios estaba indicando, en el «sacrificio de Isaac», que no es un animal el que libra a la gente de sus pecados, sino una persona.

Esto también nos ayuda a entender por qué algo, que el resto de la Biblia nos dice que es abominación a los ojos de Dios, el sacrificio humano, pudo ser usado como la prueba suprema de la confianza de Abraham en las promesas que Dios le había hecho. No fue debido a que Dios quería que Isaac muriera (y, por supuesto, Isaac no murió) sino debido a que Dios quería dejar en claro que El mismo proveería el sacrificio, y que el sacrificio no sería un animal, sino una persona muy especial.

Notemos en particular que Dios no pidió que Abraham diera «un salto de fe», más de lo que pidió al pueblo de Israel que diera un salto de fe, en tiempos de Moisés. Abraham ya había recibido muchas evidencias de la realidad de Dios y de cuánto se podía confiar en El. Dios había hablado con él vez tras vez, antes de esta ocasión:

Pero Jehová había dicho a Abraham: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición.

Bendeciré a los que bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.

Génesis 12:1-3

Luego, de nuevo, cuando Abraham llegó a Canaán: «Jehová dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre» (Génesis 13:14,15).

Dios prometió dar a Abraham una nueva patria, y descendientes. Sin embargo, ¿dónde estaba el hijo y heredero? Abraham era viejo, y en su preocupación por tener un heredero había escogido primero a un sirviente llamado Eliezer, proveniente de Damasco. Estos son los pasajes claves de Génesis, que registran la experiencia de Abraham tratando de tener un heredero apropiado:

Luego vino a él palabra de Jehová, diciendo: No te heredará éste, sino un hijo tuyo será el que te heredará. Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia.

Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia.

Génesis 15:4-6

Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció Jehová y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto. Y pondré mi pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera.

Entonces Abram se postró sobre su rostro, y Dios habló con él, diciendo: He aquí mi pacto es contigo, y serás padre de muchedumbre de gentes. Y no se llamará más tu nombre Abram, sino que será tu nombre Abraham, porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes.

Génesis 17:1-5

Después le apareció Jehová en el encinar de Mamre, estando él sentado a la puerta de su tienda en el calor del día. Y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él; y cuando los vio, salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, y se postró en tierra, y dijo: Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo...

Y le dijeron: ¿Dónde está Sara tu mujer?

Y él respondió: Aquí en la tienda.

Entonces dijo: De cierto volverá a ti; y según el tiempo de la vida, he aquí que Sara tu mujer tendrá un hijo.

Y Sara escuchaba a la puerta de la tienda, que estaba detrás de él. Y Abraham y Sara eran viejos, de edad avanzada; y a Sara le había cesado ya la costumbre de las mujeres. Se rió, pues, Sara entre sí, diciendo: ¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo?

Entonces Jehová dijo a Abraham: ¿Por qué se ha reído Sara diciendo: ¿Será cierto que he de dar a luz siendo ya vieja? ¿Hay para Dios alguna cosa difícil? Al tiempo señalado volveré a ti, y según el tiempo de la vida, Sara tendrá un hijo.

Génesis 18:1-3,9-14

De este modo, en esta manera asombrosa, Abraham llegó a tener un heredero, exactamente como Dios lo había dicho. Abraham también vio la liberación maravillosa de Dios en su sobrino Lot de Sodoma y Gomorra.

Por consiguiente, la certeza de que Dios era real y digno de confianza había sido establecida para Abraham por medio de una serie de revelaciones y acontecimientos. Había oído a Dios, había hablado con El, había recibido revelación proposicional de Dios. Había visto a Dios guardando sus promesas, tanto acerca de un hijo (aun cuando él y Sara eran viejos) y en cuanto al rescate de Lot. Cuando leemos el siguiente relato del «sacrificio» de Isaac, debemos tener en mente estos hechos. Abraham sabía que Dios era real y digno de confianza.

Acontenció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: Abraham.

Y él respondió: Heme aquí.

Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que te diré.

Y Abraham se levantó muy de mañana, y enalbardó su asno, y tomó consigo dos siervos suyos, y a Isaac su hijo; y cortó leña para el holocausto, y se levantó, y fue al lugar que Dios le dijo. Al tercer día alzó Abraham sus ojos, y vio el lugar de lejos. Entonces dijo Abraham a sus siervos: Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros.

Y tomó Abraham la leña del holocausto, y la puso sobre Isaac su hijo, y él tomó en su mano el fuego y el cuchillo; y fueron ambos juntos. Entonces habló Isaac a Abraham su padre, y dijo: Padre mío.

Y él respondió: Heme aquí, mi hijo.

Y él dijo: He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?

Y respondió Abraham: Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío. E iban juntos.

Y cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar, sobre la leña. Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Entonces el ángel de Jehová le dio voces desde el cielo,

y dijo: Abraham, Abraham.

Y el respondió: Heme aquí.

Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único.

Entonces alzó Abraham sus ojos y miró, y he aquí a sus espaldas un carnero trabado en un zarzal por sus cuernos; y fue Abraham y tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, Jehová proveerá. Por tanto se dice hoy: En el monte de Jehová será provisto.

Génesis 22:1-14

Lejos de pedirle a Abraham que dé un salto ciego de fe, la Biblia indica que hubiera sido irrazonable y desobediente de parte de Abraham si no hubiera obedecido a Dios. Previamente se le había dado amplia evidencia de la confiabilidad de Dios. Por eso fue que dijo a sus siervos, con seguridad: «volveremos a vosotros» (Génesis 22:5).

Esto no fue para minimizar su dificultad como padre humano al encontrarse al lado de su hijo amado. Tampoco fue para minimizar la profunda obediencia que mostró hacia Dios al proseguir hacia el sacrificio hasta que Dios lo detuvo. Pero cualquier idea de que la fe de Abraham era contraria a la razón olvida todo lo que había ocurrido antes.

Pablo en Corinto

Este énfasis — de que la fe no es contraria a la razón — se presenta en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. La Biblia deja en claro que la historia que registra debe ser vista como historia verídica. Considérese al apóstol Pablo en Grecia. Pablo visitó Corinto y se quedó allí por año y medio.

Y halló a un judío llamado Aquila, natural del Ponto, recién venido de Italia con Priscila su mujer, por cuanto Claudio había mandado que todos los judíos saliesen de Roma. Fue a ellos, y como era del mismo oficio, se quedó con ellos, y trabajaban juntos, pues el oficio de ellos era hacer tiendas. Y discutía en la sinagoga todos los días de reposo, y persuadía a judíos y a griegos..

... Y se detuvo allí un año y seis meses, enseñándoles la palabra de Dios.

Hechos 18:2-4,11

Hemos dejado ya muy atrás a las grandes potencias de Asiria, Babilonia y Egipto. Alejandro el Grande también ya es historia. Aunque el idioma griego es el idioma empleado en todo el mundo mediterráneo, es Roma la que ahora rige, y Claudio es su emperador. Este es nuestro escenario; estamos en un momento real de la historia, y la gente acerca de la cual leemos en la Biblia son tan reales como nosotros mismos. Hay una serie de cosas interesantes en cuanto a Corinto. Por Hechos 18:2 sabemos que mientras Pablo estuvo allí se encontró con una pareja judía, Priscila y Aquila, quienes habían venido recientemente de Italia. Se quedó con ellos y, en realidad, económicamente se sostuvo a sí mismo, ayudándoles en su oficio de hacer tiendas. Priscila y Aquila habían tenido que dejar Italia, nos dice Hechos, pues Claudio había ordenado a todos los judíos que salieran de Roma.

Lo que debemos notar es que el libro de Hechos nos da aquí, en medio del relato de la predicación de Pablo en Corinto, sus penurias y liberaciones, una declaración en cuanto al emperador romano Claudio y uno de sus decretos en contra de los judíos. De inmediato estamos conscientes de que este es el mismo tipo de perspectiva del mundo a la que hemos llegado a acostumbrarnos en todo el Antiguo Testamento. Otra vez, esto es historia real.

El biógrafo romano Suetonio nos dice más en cuanto a la expulsión de los judíos, y la ocasión puede ser fechada, por otra fuente, en el año 49 d.C. Hechos nos dice que el gobernador en Corinto,

mientras Pablo estaba allí, era un hombre llamado Galión. Galión fue un hombre famoso, hermano de Séneca, quien a su vez fue un prominente filósofo y escritor romano, y que posteriormente llegaría a ser el tutor del futuro emperador Nerón. Séneca escribió acerca de su hermano Galión, y algunas de sus cartas se conservan incluso hasta el presente. Menciona, por ejemplo, el primer año de Galión en su posición en Corinto. Esto es certificado, además, por varios fragmentos de una piedra inscrita en Delfos (que se encuentra cruzando el istmo de Corinto). Esto indica las fechas en las que Galión ostentó el cargo; desde el verano del año 51 d.C. hasta el verano del año 52 d.C. También nos da su título como «Procónsul de Acaya», (o sea, el sur de Grecia), el cual es exactamente el título que se le da en Hechos 18:12.

Aquí, entonces, está una serie de fibras históricas, dentro y fuera de la Biblia, que corren juntas natural y raudamente. La arqueología ha identificado incluso el palacio del gobernador en Corinto, y podemos ver el mismo sitio en que Pablo posiblemente compareció ante Galión.

La Resurrección y la Historia

Posteriormente encontramos a Pablo escribiendo una carta a la iglesia en Corinto. En ella, él presenta lo que predicó y enseñó por todo el imperio romano:

Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano.

Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí.

Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. Porque o sea yo o sean ellos, así predicamos, y así habéis creído.

Pero si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también nuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado de Dios que él resucitó a Cristo, el cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres.

Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida.

Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia.

1 Corintios 15:1-24

En esta sección de su Primera Carta a los Corintios, Pablo asevera inequívocamente que Jesús

resucitó de la tumba y que nosotros seremos resucitados como El, en el futuro. El cuerpo de Jesús fue colocado en la tumba, pero no quedó allí. Jesús resucitó de entre los muertos. No fue simplemente una experiencia subjetiva por la cual los discípulos fueron engañados. Jesús se levantó de los muertos como un hecho que tuvo lugar en el espacio y el tiempo, y luego apareció a sus discípulos.

Pero debemos notar particularmente el otro lado del argumento de Pablo. El dice: «Supongamos que Cristo no resucitó de los muertos». Esto no es lo que Pablo cree, por supuesto, por cuanto él sabía, con bases objetivas, que Jesús había resucitado; personalmente él mismo se había encontrado con Jesús, y le había oído hablarle en hebreo. Había también muchos otros testigos oculares del Cristo resucitado. Pero Pablo está diciendo: «Supongamos, por el puro gusto de ver qué pasa, que Cristo no resucitó. ¿Qué ocurriría entonces? Pablo prontamente responde: «Si esto no ocurrió, todo ha concluido para el punto de vista cristiano. Bien podremos entonces decir: Comamos y bebamos que mañana moriremos. Si Cristo en verdad no resucitó de los muertos como un hecho histórico, no tenemos Salvador. Por lo tanto, todavía ‘estamos en nuestros pecados’; enfrentaremos el juicio de Dios y llevaremos solos el castigo de nuestros pecados.”

Lo que Pablo nos dice es lo que uno escucha hoy día, por todo el mundo, de boca de muchos predicadores que han sido influenciados por el pensamiento existencialista. Estos dicen: «Incluso aún si Cristo no resucitó de los muertos, el cristianismo permanece incólume.” Uno de tales teólogos dijo que la resurrección tuvo lugar; pero que si las cámaras de la televisión hubieran visitado la tumba aquella mañana, no habrían podido grabar el acontecimiento. En otras palabras, ¡el cuerpo de Cristo estaba todavía allí! Esto era inconcebible para Pablo. O bien Cristo resucitó de entre los muertos como un hecho objetivo de la historia, o no resucitó. Si no resucitó, el cristianismo estaba liquidado.

Cuando examinamos en los evangelios los relatos reales de la resurrección de Jesús, encontramos el mismo énfasis. El Jardín del Sepulcro, en Jerusalén, tal vez no sea el lugar preciso donde Jesús fue sepultado, pero ciertamente debe haber sido alguna tumba parecida y en algún sitio cercano. El tercer día después de sepultado, Jesús se levantó de entre los muertos. El evangelio según Juan registra los sucesos de la siguiente manera:

El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro... Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte.

Juan 20:1,6,7

Nótese que María Magdalena, Pedro y Juan observaron algo *con observación normal*: la piedra que había sido quitada; los lienzos y el sudario en que Jesús había sido envuelto para su sepultura estaban todavía en la tumba vacía. Leemos en Lucas 24 que Jesús más tarde apareció a todos los discípulos mientras estaban reunidos. Evidentemente, había agitación en algunos, tanto por lo que habían presenciado en la muerte de Cristo, como por los informes de que Jesús había resucitado de los muertos:

Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros.

Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu. Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos?

Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.

Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él tomó, y comió delante de ellos.

La resurrección de Cristo es presentada en los evangelios como historia verificable. Es dada en el mismo marco de referencia que se aplica en la ciencia: cuando Cristo resucitó, no dejó su cuerpo en la tumba. La resurrección estuvo abierta a la observación normal. Allí estaban los lienzos sepulcrales. Jesús habló con sus discípulos. Podía ser tocado. Comió ante los ojos de ellos.

Tomás y el Cristo Resucitado

Quizás el incidente más asombroso se refiere a Tomás.

Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino. Le dijeron, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto. El les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.

Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!

Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.

Juan 20:24-29

Así como Moisés había dicho, más de mil años atrás: «Viste, y oíste», también los evangelios dicen: «Viste, y oíste». Dios actuó en la historia, y esto fue observado, y capaz de ser descrito en lenguaje sencillo.

Si Jesús no vivió, o si no resucitó de entre los muertos, el cristianismo no puede continuar. Este no puede vivir sobre una mera idea, por cuanto el cristianismo trata de la verdad objetiva y no meramente acerca de experiencias religiosas. Tanto el Antiguo Testamento, como el Nuevo, reclaman ser veraces, en contraste con lo que no es veraz; y su verdad tiene raíces históricas. Sólo tenemos una esperanza, y descansa en una seria entrega a Dios y en una absoluta confianza en su Palabra, la Biblia, en todos los sentidos.

Hay una verdad que puede ser conocida y ante la cual podemos inclinarnos con regocijo, la verdad que en una manera muy real alcanza su clímax en la resurrección física de Cristo. Si la tumba no quedó vacía —de modo que cualquier cámara pudiera haber registrado la ausencia del cuerpo de Jesús al mismo tiempo que filmaban los lienzos y el sudario en los cuales su cuerpo había sido envuelto— no nos queda ninguna esperanza.

Tomás debía haber creído basado en la evidencia que había recibido de parte de los otros discípulos, y que era suficiente. Jesús le reprendió cuando se le apareció, y le dijo: «Pon tu dedo aquí; y mira mis manos. Extiende tu mano, y métela en mi costado. Deja de dudar, y cree.» Después Tomás dijo: «¡Señor mío, y Dios mío!» Luego Jesús dijo: «Porque me has visto, creíste. Bienaventurados los que no vieron, y creyeron.»

¿Está Jesús diciendo que creer es un salto ciego a una fe sin fundamento? ¡Al contrario! Debido a que Tomás insistió en ver y tocar a Jesús en su cuerpo resucitado, se nos da en los evangelios evidencia de la resurrección aún más clara de la que pudiéramos tener de otra manera. Pero Jesús le está diciendo a Tomás que debía haber creído sin necesidad de esta evidencia adicional, por cuanto la evidencia disponible para Tomás anteriormente era suficiente en sí misma. En otras palabras, antes de que Tomás viera y oyera a Jesús de esta manera, estaba en la misma posición que nosotros estamos hoy día. Tanto él, en su tiempo, como nosotros hoy, tenemos el mismo suficiente testimonio de los que vieron y oyeron, y tuvieron la oportunidad de tocar al Cristo resucitado. En realidad, a la luz de este testimonio suficiente y seguro, nosotros, al igual que Tomás, seremos

desobedientes si no nos inclinamos ante El. Se nos deja sin excusa.

Después de contar acerca de Tomás el Evangelio según Juan prosigue a anotar otra de las apariciones de Jesús:

Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias; y se manifestó de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo. Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada.

Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús.

Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer?

Le respondieron: No.

El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces.

Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos. Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan.

Jesús les dijo: Traed de los peces que acabáis de pescar.

Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aún siendo tantos, la red no se rompió. Les dijo Jesús: Venid, comed. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el Señor.

Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado. Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos.

Juan 21:1-14

El Cristo resucitado estaba allí en la playa del Mar de Galilea. Antes de que los discípulos echaran mano de su pesca, El ya había preparado el fuego y asado pescado para que lo comieran. Era un fuego que podía ser visto y sentido; cocinó el pescado; y se pudieron comer el pescado y el pan.

Cuando el fuego se extinguió, dejó cenizas en la playa; los discípulos se sintieron alimentados por el pan y el pescado. No hay razón para suponer que las huellas de Jesús no fueran visibles en la arena de la playa.

Debemos responder como Tomás: «¡Señor mío, y Dios mío!»

GENESIS EN EL TIEMPO Y EL ESPACIO

Francis A. Schaeffer

Barcelona, 1974

Prefacio

La batalla para conseguir una comprensión cristiana del mundo está siendo librada en varios frentes. El estudio bíblico en general no es el menor de ellos, y en especial la cuestión de cómo deben ser leídos los primeros capítulos de la Biblia. Los comentarios de ciertos autores modernos sobre el libro de Génesis tienden a tratar los primeros once capítulos como relatos no históricos. Para algunos, este material es sencillamente un mito judío, sin mayor validez histórica para el hombre moderno que la Epopeya de Gilgames o las leyendas de Zeus. Para otros constituye una visión pre-científica que nadie que respete los resultados de la erudición puede aceptar. Otros encuentran un simbolismo en la narración de estos primeros capítulos, pero nada más. Hay quien acepta los primeros once capítulos de Génesis como revelación, en el sentido que yo he dado en llamar «verdad religiosa del piso de arriba, o estrato superior», que viene a ser algo así como un salto de fe ciego, subjetivo,¹ que carece del más mínimo sentido de verdad en tanto que objetivamente relacionada con la historia y el cosmos (es decir: con la ciencia).

¿Cómo deben ser leídos los primeros capítulos de Génesis? ¿Son históricos? ¿No lo son? En caso de respuesta afirmativa, ¿qué valor tiene su historicidad? Al examinar estas preguntas, deseo señalar el tremendo valor que tiene Génesis 1-11 para el hombre moderno. En cierto sentido, estos capítulos son los más importantes de la Biblia, ya que sitúan al hombre en su escenario cósmico y le muestran su peculiar unicidad. Explican cuán maravilloso es el ser humano y también dan razón de sus deficiencias. Sin una comprensión adecuada de estos capítulos no tenemos respuesta clara para los problemas metafísicos, morales o epistemológicos² que se plantea el hombre; más aún, la misma obra de Cristo se convierte en otra «respuesta religiosa» más, entre otras, del «piso de arriba».

Quisiera dar gracias al profesor Elmer Smick, amigo de hace muchos años, quien leyó el manuscrito y propuso ideas de utilidad. Cualquier error, o equivocación, será, no obstante, mío.

NOTAS:

- 1 «Piso de arriba o estrato superior» es la traducción de expresiones tales como Upper-story y Upper-room, frecuentes en los libros de Francis A. Schaeffer (c.f. Huyendo de la razón, Dios está ahí, La Iglesia al final del siglo XX) y que vienen a ser características de su pensamiento para designar lo que en la filosofía, la ética y la teología modernas trata sobre lo que tiene significado, pero que, al decir de estas corrientes contemporáneas, no se halla abierto a la comprobación del mundo de los hechos, el cual constituye el «piso de abajo» o «estrato inferior» – (Nota del editor.)
- 2 Para el significado de este y otros vocablos que aparecen en la presente obra recomendamos la lectura del Vocabulario al final del libro.

CAPITULO 1 - CREACION

El tema de este libro es el curso de la historia bíblica. Los capítulos 1-11 de Génesis son el pasaje de la Escritura que traza el curso de los eventos desde la creación del universo hasta el llamamiento de Abraham y el principio de la historia de Israel. Uno de los himnos de Israel, el salmo 136, es una excelente referencia para ver el desarrollo de la historia bíblica. Coloca el concepto de Dios como Creador en su adecuada relación con el hombre como criatura y adorador.

Alabad al SEÑOR,¹ porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia.

Alabad al Dios de los dioses, porque para siempre es su misericordia.

Alabad al Señor de los señores, porque para siempre es su misericordia.

Al único que hace maravillas, porque para siempre es su misericordia.

(Vs. 1-4)

Así el salmo 136 comienza con una triple doxología, y luego enumera varias razones por las que podemos alabar a Dios y por qué somos llamados a dar gracias por su bondad. Es interesante que, después de dar una razón general de alabanza (Dios es el «único que hace maravillas»), el salmista dirige nuestra atención, en primer lugar, a los actos creadores de Dios:

Al que hizo los cielos con entendimiento, porque para siempre es su misericordia.

Al que extendió la tierra sobre las aguas, porque para siempre es su misericordia.

Al que hizo las grandes lumbreras, porque para siempre es su misericordia.

El sol para que señorease en el día, porque para siempre es su misericordia.

La luna y las estrellas para que señoreasen en la noche, porque para siempre es su misericordia.

(Vs. 5-9)

Mas, inmediatamente después de expresar y desarrollar el hecho de Dios como creador, el salmista pasa a una segunda razón para alabar a Dios: la forma en que actuó en la historia cuando la nación judía estaba cautiva en Egipto.

Al que hirió a Egipto en sus primogénitos, porque para siempre es su misericordia.

Al que sacó a Israel de en medio de ellos, porque para siempre es su misericordia.

(Vs. 10-11)

El salmista continúa hablando sobre el éxodo, la división del Mar Rojo, la suerte de Faraón y su ejército y la conquista de la tierra de Canaán (vs. 12-21).

Luego alaba a Dios por la forma que él está actuando en el particular momento histórico, en el tiempo y el espacio, en que este salmo fue escrito:

En heredad a Israel su siervo, porque para siempre es su misericordia.

Quien en nuestro abatimiento se acordó de nosotros, porque para siempre es su misericordia.

Y nos rescató de nuestros enemigos, porque para siempre es su misericordia.

El que da alimento a todo ser viviente, porque para siempre es su misericordia.

(Vs. 22-25)

Finalmente, en el último versículo, el salmista escribe en tal forma que habla aun para nosotros en nuestro propio momento histórico y nos insta a llamar a Dios y a alabarle:

Alabad al Dios de los cielos, porque para siempre es su misericordia.

(V. 26)

Así el salmo 136 nos enfrenta con el concepto bíblico de la creación como un hecho histórico en el tiempo y el espacio, ya que aquí encontramos un paralelo completo entre la creación y otros puntos de la historia: la espacio-temporalidad de la historia en el tiempo de la cautividad judía en Egipto, del momento particular en que el salmo mismo fue escrito y del propio momento en que nosotros leemos el salmo hoy. La mentalidad de toda la Escritura, no sólo de este salmo, es que la creación es tan históricamente real como la historia de los judíos y la nuestra en el momento presente. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento deliberadamente se enraizan en los primeros capítulos de Génesis, insistiendo que son un registro de hechos históricos. ¿Cuál es el principio hermenéutico implicado aquí? Ciertamente la Biblia misma lo da: Los primeros capítulos de Génesis han de ser considerados en su totalidad como historia, precisamente como registros, acerca de Abraham, David, Salomón o Jesucristo.

En el principio

Los primeros versículos de Génesis: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra», y el resto del capítulo 1 nos adentran inmediatamente en un mundo de espacio y tiempo. El espacio y el tiempo son como la urdimbre y la lana. Su entretejido es la historia. Así la primera afirmación de Génesis y la estructura de lo que sigue enfatizan que se trata de algo histórico, tanto como si hablásemos de nosotros en este momento particular del tiempo y en un lugar geográfico específico.

Naturalmente, al decir esto, consideramos el concepto judío de la verdad. Muchas personas hoy creen que el concepto judío es parecido al concepto moderno: que la verdad es irracional. Pero esto no es así. De hecho, cuando examinamos el concepto griego de la verdad en relación con el concepto judío, encontramos esta diferencia. Muchos de los filósofos griegos veían la verdad como la expresión de un sistema metafísico equilibrado, como algo inmóvil. Esto es, mientras el sistema estuviese equilibrado, podía dejarse tranquilo y considerarlo verdad. El concepto judío es lo opuesto a esto.

En primer lugar, es completamente opuesto al concepto moderno de verdad porque está interesado en aquello que está abierto a discusión, abierto a la racionalidad, y no es sólo un salto existencial. En este punto es como la noción griega. Y, sin embargo, difiere y es más profundo que el concepto griego porque está enraizado en aquello que es histórico. Por ejemplo, encontramos a Moisés insistiendo: «Oísteis y visteis...» En Deuteronomio 4 y 5, antes de morir, Moisés recordó a los judíos que le escuchaban cómo en su juventud habían visto y oído lo que había sucedido en el Sinaí, esto es, en el tiempo y el espacio histórico. Sus padres habían muerto en el desierto, pero ellos, los hijos, habían visto y oído en la historia. Josué habló de la misma forma poco después en Josué 23:3 y ss. De hecho tenemos un paralelo exacto, en éste y otros pasajes del Antiguo Testamento, con la explicación de Juan del porqué escribió su evangelio: «Hizo además Jesús muchas otras señales espacio-temporales (ésta es la idea aquí) en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre» (Juan 20:30-31).

Al tratar con los escritos judíos en la Biblia y con el libro de Génesis en particular, no debemos entenderlos únicamente en términos griegos ni, ciertamente, en términos de un salto existencial. En lugar de ello encontramos una insistencia en la historia, una verdad enraizada en el tiempo y el espacio.

Antes del principio

A pesar de que Génesis comienza: «En el principio...», ello no significa que no hubiese nada antes. En Juan 17:24, Jesús ora a Dios el Padre, diciendo: «... porque me has amado desde antes de la fundación del mundo». Jesús dice que Dios el Padre le amaba antes de la creación del universo. Y en Juan 17:5, Jesús pide al Padre que le glorifique «con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese».

He ahí, por tanto, algo que se proyecta hacia atrás a la eternidad, hacia atrás y aun antes de la frase «En el principio...» Cristo existía, y tenía gloria con el Padre, y era amado por el Padre antes de «En el principio...»

En Efesios 1:4 leemos: «... según nos escogió (Dios) en él (Cristo) antes de la fundación del mundo...». Por tanto, antes de «En el principio...» existía una situación algo más que estática. Se hizo una elección y esta elección demuestra, pensamiento y voluntad. Fuimos escogidos en él antes de la creación del mundo. Lo mismo se enfatiza en 1 Pedro 1:20, donde se dice que la muerte expiatoria de Jesús fue determinada desde antes de la fundación del mundo...». También Tito 1:2 dice que Dios prometió vida eterna «... desde antes del principio de los siglos...».

Esto es muy sorprendente. ¿Cómo puede hacerse una promesa antes del comienzo del mundo? ¿A quién podía ser hecha? La Escritura habla de una promesa hecha por el Padre al Hijo o al Espíritu Santo porque, después de todo, en este punto de secuencia particular no había nadie más a quien hacer una promesa.

Finalmente, en 2 Timoteo 3:9 se presenta el mismo punto, donde leemos acerca de Dios: «quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús «antes de los tiempos de los siglos».

Nos encontramos, por tanto, con una pregunta muy interesante: ¿Cuándo comenzó la historia? Si se piensa en el concepto moderno de la continuidad espacio-tiempo, es obvio que tiempo e historia no existían antes de «En el principio...». Pero si consideramos la historia en contraste con otro eterno, filosófico, o en contraste con un eterno estático, entonces la historia comenzó antes de Génesis 1:1. Aquí hemos de escoger nuestras palabras con cuidado. ¿Cómo hablaremos acerca de la situación antes de «En el principio...»? Para evitar confusión he escogido la palabra *secuencia*, en contraste con la palabra *tiempo* utilizada en el concepto de continuidad espacio-tiempo. Esto nos recordará que había algo antes de «En el principio...» y que era algo más que un eterno estático.

Después de la creación Dios obró en el tiempo y comunicó conocimientos al hombre que estaba en el tiempo. Y ya que hizo esto, es obvio que para Dios no es lo mismo antes y después de la creación. La Escritura presenta este antes de «En el principio...» como algo que puede ser explicado. Aunque no podemos agotar el significado de lo que está implicado, podemos conocerlo con certeza. Es un concepto razonable sobre el que podemos argumentar.

Este tema no es solamente teórico. Lo que está implicado es la realidad de un Dios personal eterno en contraste con el otro filosófico o el todo impersonal que es con frecuencia el concepto de Dios de los teólogos del siglo veinte. Lo que está implicado es la realidad del Dios personal en contraste con un motor inmóvil teórico, o una proyección subjetiva fruto de la mente del hombre. Aquí hay algo más que vacuidad, verdad religiosa alcanzada mediante algún tipo de salto existencial. En consecuencia, cuando leemos: «En el principio creó Dios los cielos y las tierra...», no nos quedamos con algo colgado en el vacío: algo existía antes de la creación y ese algo era personal y no estático; el Padre amaba al Hijo; había un plan; había comunicación; y se hicieron promesas antes de la creación de los cielos y la tierra.

Toda esta concepción tiene su raíz en la realidad de la Trinidad. Sin la Trinidad, la cristiandad no tendría las respuestas que el hombre moderno necesita. Como he dicho en alguna ocasión, Jean Paul Sartre señaló muy bien el problema filosófico básico que afrontamos: el hecho de que algo –mas bien que nada– está ahí. Este es el mínimo indiscutible e irreducible para comenzar a moverse como un hombre. No puedo decir que nada está ahí; está muy claro que algo está ahí. Además, también está claro que este algo que está ahí tiene dos partes. Yo estoy ahí y algo en contraste a mí está ahí.

Naturalmente, esto nos lleva a la noción moderna del Ser. El Ser está ahí. Pero «¿ha estado siempre ahí?»². Este es el misterio básico del hombre moderno.

El hombre está limitado unas relativamente pocas respuestas. A menudo no entendemos que, a medida que profundizamos en el estudio de este punto, más sencillas se vuelven las alternativas. En casi cada interrogante profunda el número de alternativas finales es, sin duda, muy pequeño. En este caso hay cuatro: 1) una vez no había absolutamente nada y ahora hay algo; 2) todo comenzó con un algo impersonal; 3) todo comenzó con un algo personal, y 4) hay y siempre ha habido un dualismo.

La primera de estas alternativas, que una vez no había absolutamente nada y ahora hay algo, no ha sido, que yo sepa, propuesta seriamente por nadie, y la razón de ello es obvia. Para que esta explicación sea cierta, *nada* debe ser efectivamente *nada* –totalmente nada–, ni materia, ni movimiento, ni energía, ni personalidad. Pensad, por ejemplo, en un círculo que contiene todo lo que hay y no hay nada en el círculo, luego quitad el círculo. Este es el concepto del nada absoluto. Como dije antes, no conozco a nadie que haya propuesto el concepto de que todo lo que ahora es ha surgido de tal nada absoluta.

La cuarta noción, la de un eterno dualismo, puede ser comentada rápidamente porque nunca ha sido sometida a un análisis minucioso, ya que los hombres de forma natural se agolpan tras el dualismo y particularmente hacia una unidad que permita comprender la dualidad. Esto es cierto, ya sea el dualismo del electromagnetismo y la gravedad o algún vago y oscuro Tao tras los diosillos

orientales Yin y Yang. Los dualismos paralelos (por ejemplo, ideas o ideales y materia, o cerebro y mente) tienden a enfatizar una parte a expensas de la otra, o dejan la pregunta de «cómo marchan juntos sin ninguna razón para hacerlo», en el aire.

Un comienzo impersonal, sin embargo, la noción de que todo comenzó con un algo impersonal, es el consenso o asentimiento del mundo occidental en el siglo XX. Es también el consenso de casi todo el pensamiento oriental. Casualmente, si nos adentramos hacia atrás lo suficiente, llegamos a una fuente impersonal. Es la opinión de lo que una vez llamé ciencia ultramoderna, y está integrado en la noción de la uniformidad de las causas naturales en un sistema cerrado. También es el concepto de mucha teología moderna si uno se adentra retrospectivamente lo suficiente. No obstante, un comienzo impersonal suscita dos problemas abrumadores que ni el Este ni el hombre moderno se han atrevido a plantearse. Primero, no hay explicación verdadera para el hecho de que el mundo exterior no sólo existe sino que tiene una forma específica. El estudio científico, a pesar del frecuente intento de reducir el concepto del condicionamiento personal al área del condicionamiento químico y psicológico, demuestra que el universo tiene una forma definida. Se puede ir de lo particular a una unidad mayor, de leyes menores a leyes más y más generales o superleyes. En otras palabras, cuando miro al Ser que es el universo externo, resulta obvio que no es precisamente un puñado de guijarros arrojados ahí fuera, lo que está ahí tiene forma. Si afirmamos la existencia de lo impersonal como comienzo del universo, sencillamente no tenemos explicación para esta clase de situación.

Segundo, y más importante, si comenzamos con un universo impersonal, no hay explicación para la personalidad. En un sentido muy real la pregunta más importante para todas las generaciones - pero mucho más para el hombre moderno- es: «¿quién soy yo?» Porque cuando me miro, yo, y veo a mi alrededor a otros hombres también, una cosa inmediatamente es obvia: el hombre tiene una hombradía (calidad de hombre, lo específicamente humano). Se encuentra doquiera se halle un hombre, no sólo en los hombres que viven hoy, sino a través de la historia. La suposición de un comienzo impersonal nunca puede explicar adecuadamente los seres personales que vemos a nuestro alrededor, y cuando los hombres tratan de explicar al hombre sobre la base de un origen impersonal, lo específicamente humano desaparece pronto³.

En suma, un comienzo impersonal no explica ni la forma del universo ni la personalidad del hombre. Por tanto, no ofrece una base para entender las relaciones humanas, la formación de sociedades justas o el quehacer en cualquier tipo de esfuerzo cultural. No es sólo el universitario quien necesita comprender estas interrogantes. El agricultor, el obrero, el campesino, todo aquel que se mueve y piensa, necesita conocer. A medida que miro y veo que algo está ahí, necesito saber qué hacer con ello. La respuesta impersonal no explica, a ningún nivel ni en ningún lugar ni en ninguna época de la historia, estos dos factores básicos: el universo y su forma, y la hombradía del hombre. Esto es así ya se exprese en los términos religiosos del panteísmo o en términos científicos modernos.

La tradición «judaico-cristiana empieza con la respuesta opuesta. Y es sobre esta que toda nuestra cultura occidental se ha edificado. El universo tuvo un comienzo personal, un comienzo personal en el mandato de la Trinidad. Antes de «En el principio...» lo personal ya estaba ahí; Amor, pensamiento y comunicación existieron antes de la Creación de los cielos y la tierra.

El hombre moderno está profundamente atormentado por la pregunta: «¿De dónde vienen el amor y la comunicación?» Muchos artistas que se expresan sinceramente en sus cuadros, que pintan mensajes sombríos sobre lienzos; muchos cantantes; muchos poetas y dramaturgos nos cuentan lo sombrío del hecho de que, mientras todo depende del amor y la comunicación, ellos no saben de dónde provienen éstos ni lo que significan. La respuesta bíblica es de signo totalmente contrario: algo estaba ahí antes de la creación. Dios estaba ahí; el amor y la comunicación estaban ahí; y, por tanto, aun antes de Génesis 1:1, el amor y la comunicación son intrínsecos a lo que siempre ha sido.

La Trinidad

Si nos adentramos en un camino ligeramente diferente, podemos ver aún más de la naturaleza del Dios que existía antes de la creación. En Génesis 1:26 leemos: «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen...» Como hemos visto en el Nuevo Testamento, Dios el Padre no sólo amó al Hijo sino que le hizo una promesa. Así, no debemos sorprendernos cuando leemos la palabra «Hagamos» o la frase en Génesis 8:22: «... he aquí el hombre es como uno de *nosotros*...». Esta misma frase también aparece en Isaías 6:8: «Después oí la voz del Señor, que decía: «A quién enviaré, y quién irá por nosotros?»»⁴

La enseñanza de que la Trinidad ya estaba ahí en el principio se enfatiza de manera especial en Juan 1:1-3. De hecho el concepto tiene gran fuerza porque recoge la primera frase de Génesis y la convierte, me parece a mí, en un término técnico. «En *el principio* ya era (el imperfecto griego usado aquí se traduce mejor como *ya era*) el Verbo, y el Verbo ya era con Dios, y el Verbo ya era Dios. Este era en el principio con Dios.» Luego, en el tercer versículo el aoristo griego⁵ se usa en contraste con los imperfectos que le preceden: «Todas las cosas por él fueron hechas...» Así encontramos primero una afirmación de que el Verbo ya era, pero luego, en contraste con esto, hallamos que algo nuevo fue traído a la existencia «en el principio», cuando Dios, que ya estaba ahí, hizo lo que ahora es.

Además sabemos quién es la personalidad llamada Verbo (Logos) ; los versículos 14-15 lo dejan claro: «Y aquel Verbo *fue hecho* carne, y habitó entre nosotros... (y) Juan (Juan el Bautista) dio testimonio de él...» Naturalmente, de quien Juan dio testimonio fue de Jesucristo.

Aquí también hay un contraste entre el imperfecto y el aoristo en el griego. El que ya era (tiempo imperfecto) el Verbo en el principio y tuvo una parte en la creación de todas las cosas, se hizo (tiempo aoristo) carne. Creo que Juan, el escritor del evangelio, hace esta distinción deliberadamente. O sea, en el «principio» este Verbo ya era, pero posterior a esto y en contraste con ello hubo dos comienzos absolutos: el primero ocurrió cuando fueron hechas todas las cosas y el segundo cuando el Verbo se hizo carne. Así, el comienzo absoluto de la creación y el comienzo absoluto de la encarnación contrastan con el *siempre era* del Logos. En Juan 1:1 esto se relaciona con el término «en el principio». Creo, por tanto, que «en el principio es un término técnico que significa «en el principio de todo lo que fue creado», en contraste con la preexistencia del infinito, personal –no estático–, Dios Trino, que creó de la nada.

La frase «en el principio» se repite en Hebreos 1:10, y, como en Juan 1:1-3, enfatiza el hecho de que Cristo ya estaba ahí antes de la creación y tomó parte activa en ella. La misma idea se repite, aunque no con la misma frase, en Colosenses 1:16-17, donde se nos dice que en él fueron creadas todas las cosas...» Además, 1 Corintios 8:6 contiene un interesante paralelo: «para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él». Pablo establece un paralelo entre el Padre creador y el Hijo que también crea.

De manera que tenemos importantes detalles concernientes a la relación específica de la Trinidad en el acto de la creación. Es cierto que la parte del Espíritu Santo en la creación no está tan clara como la del Padre y el Hijo, pero me parece que Génesis 1:2 da a conocer su presencia: «Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.» Comprendo que hay alguna interrogante acerca de cómo debe ser entendida aquí la frase «Espíritu de Dios», pero tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento señalan con certeza que la Trinidad estaba ahí y que el Padre y el Hijo tomaron parte en el proceso de la creación. Por tanto, repito que Génesis 1:1 no describe un comienzo absoluto sin nada antes. Dios estaba ahí y luego vino la creación. La posición cristiana histórica en relación a Génesis 1:1 es la única que puede sustentarse, la única clara y adecuada a la intención de las Escrituras. «En el principio» es un término técnico que establece el hecho de que en ese punto particular de *secuencia* hay una creación *ex nihilo*: una creación de la nada. Todo lo que es, excepto Dios mismo que ya ha

sido, pasa en ese momento a existir. Anteriormente había una existencia personal: amor y comunicación. Antes del universo material (ya pensemos en él como masa o energía), antes de la creación de todo lo demás, hay amor y comunicación. Esto significa que el amor y la comunicación son *intrínsecos*. Así, cuando el hombre moderno clama pidiendo amor y comunicación (como tan frecuentemente lo hace), los cristianos tienen una respuesta: hay mérito en amar y mérito en la comunicación porque ambas cosas tienen sus raíces en lo que intrínsecamente siempre ha sido.

La raíz de la doxología bíblica

Hay una frase en el libro de Jeremías que los cristianos deberían gravar sobre sus corazones: «No es así la porción de Jacob (los ídolos hechos por los hombres) ; porque él es el Hacedor de todo...» (Jeremías 10:16). Esta es la raíz de la doxología bíblica, «a él» – no a ello –. Dios no es como esos ídolos hechos de madera y piedra, ni es como esos dioses que son sólo la extensión de la mente de los hombres. El es el Dios personal que estaba ahí como el Hacedor de todo. El es nuestra porción, y él era antes que todo lo demás.

¡Qué incisivo contraste para la nueva teología! El problema de la nueva teología es saber si Dios está ahí en realidad. Los nuevos teólogos usan la palabra «Dios» sin saber nunca si hay alguien detrás de esta palabra, y por tanto no pueden orar. Paul Tillich una vez dijo en Santa Bárbara (California, EE.UU.) : «No, yo no oro, pero medito.» El cristiano, sin embargo, no sólo dice que Dios está realmente ahí, sino que estaba ahí, que siempre ha estado ahí y que es «mi porción» ahora y para siempre.

Apocalipsis 4:11 contiene una gran doxología elevada a este Uno. La primera frase debe decir: «Señor y Dios, digno eres...» Esto nos recuerda el texto de Jeremías: «*El* es nuestra porción.» El es *nuestro* Señor y *nuestro* Dios. Luego el versículo continúa: «Señor y Dios, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.» La Nueva Biblia Inglesa (NEB) lo traduce correctamente en términos modernos: «Por tu voluntad fueron creados, y tienen su existencia.» Esta es la cosmogonía cristiana.

He aquí una respuesta para el hombre moderno agobiado por el problema de la existencia, que sabe que hay algo ahí y no es capaz de comprenderlo: todo lo que ha existido, excepto Dios mismo, descansa sobre el hecho de que Dios quiso crearlo y lo creó. Con esto comprendo por qué el ser está ahí y por qué tiene forma, y comprendo esa parte particular de ser que yo mismo soy y lo específicamente humano (personalidad) que encuentro en mí. Las cosas encajan en su sitio, no mediante un salto en la oscuridad, sino a través de algo que tiene sentido y puede ser argumentado. De una vez por todas, Dios creó el ser del mundo externo y la existencia humana. No son Dios ni son una extensión de Dios, pero existen por un acto volitivo de aquello que es personal y existía antes de ellos ser, es decir : Dios.

¡Que contraste con el rumbo que toma el mundo teológico y secular de hoy al hablar de algo intrínsecamente impersonal ¡Y cuan diferente de cualquier forma de dualismo intrínseco! Es la respuesta bíblica al dilema del siglo XX.

A menudo, en una conversación alguien dirá: «No necesitó Dios, si es personal y si ama, un objeto para su amor? ¿No *tuvo* que crear? Y, por tanto, ¿no es el universo tan necesario para él como él lo es para el universo? La respuesta es: No. No tenía que crear algo para amar porque ya estaba la Trinidad. Dios podía crear mediante un acto supremo y libre porque antes de la creación estaba el Padre que amaba al Hijo, y también estaba el Espíritu Santo para amar y ser amado. En otras palabras, Dios tenía a alguien cara a cara con El en las tres personas de la Trinidad. Cuán correcta fue la formulación de los Credos de Nicea y Calcedonia, insistiendo los antiguos cristianos en la certeza de la Trinidad con toda su fuerza. Esto no fue sólo un concepto filosófico griego, pasajero. Cuando el pensamiento griego despertó estos interrogantes, los cristianos vieron que la Biblia tenía la respuesta. Todo pende de este punto, y en ninguna época más que hoy.

Así, sabemos por qué el ser en el sentido moderno, es, «está ahí», más que «nada está ahí». No es

extraño que leamos en Apocalipsis: «Señor y Dios, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder.» Esta doxología cristiana tiene sus raíces, no en una experiencia religiosa vacía e irracional que no puede ser pensada o argüida, ni en las formas de pensamiento que nos rodean y en las cuales podemos caer fácilmente, sino en una verdadera creación. Tiene sus raíces en una existencia llena de significación donde «A» no es «no-A». Es erróneo alabar a Dios sólo como una experiencia religiosa vacía, de arriba (del piso de arriba). Eso es una forma de tomar su nombre en vano.

Notemos también que nuestra alabanza a Dios no está en primer lugar en el área de la soteriología. Si somos totalmente bíblicos, no le alabamos en primer lugar porque nos salvó, sino porque está ahí y siempre ha estado ahí. Y le alabamos porque quiso dar existencia a todas las otras cosas, incluyendo al hombre

Por tanto, cuando leemos en Génesis 1:1: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra», ésta se convierte en una tremenda afirmación para el mundo moderno. De ella depende cualquier respuesta distintivamente cristiana, aunque vaya a ser dura para los oídos del hombre en el siglo XX.

Creación por «fiat»

¿Cómo creó Dios? Leemos en 11:3: «Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios...»⁶ La frase que me interesa principalmente aquí es la *palabra de Dios*. Primeramente, existe tanto un paralelo como una distinción con la creación de un artista. En mis primeros años de creyente pensaba que no era correcto usar la palabra *creación* en relación a una obra artística. Reservaba este término sólo para la obra inicial de Dios. Pero he comprendido que estaba equivocado porque aunque ciertamente hay una diferencia, hay también un paralelo importante. El artista concibe en su mundo de ideas y luego, plasma en el mundo externo. Este es el caso de un pintor de lienzos, de un compositor de música, de un ingeniero que diseña un puente, de un decorador y hasta de una florista. Primero hay la concepción en el mundo de las ideas y luego la realización de éstas en el mundo externo. Y es exactamente lo mismo en el caso de Dios. Dios, quien existía antes de la creación, tuvo un plan y creó convirtiendo estas cosas en algo objetivo. Además, de la misma manera que podemos conocer algo cierto acerca del artista contemplando su creación, podemos conocer algo acerca de Dios contemplando su creación. La Escritura insiste en que aun después de la caída conocemos algo acerca de Dios sobre esta base.

Y, sin embargo, las diferencias entre el artista y Dios son abrumadoras porque nosotros, siendo finitos, sólo podemos crear en el mundo externo y de aquello que ya está ahí. El artista usa su pincel y sus pigmentos. El ingeniero usa acero y cemento para su puente. El decorador necesita ciertos elementos y la florista usa las flores, el musgo y las piedras que estaban ahí, Dios obra muy diferente. Porque es infinito, originalmente creó de la nada, *ex nihilo*. No había materia ni partículas de energía antes de él crear. Nosotros trabajamos por medio de la acción de nuestros dedos. En contraste, él creó sencillamente por medio de su palabra, según el pasaje citado de Hebreos. He aquí un poder que va más allá del plano humano, finito. El fue capaz de crear y dar forma sólo por medio de su palabra, de su voz. Desde el punto de vista escritural, la primera creación se remonta más allá de la materia o energía básica. Nosotros consideramos la creación como una cosa nueva creada por Dios de la nada, por *fiat*, y ésta es la diferencia.

Si pudiésemos tomar todo lo que hay en el mundo y comprimirlo en una molécula pesada tres centímetros de largo en cada dirección dando por supuesto que todo surgió de la misma, ello no respondería, sin embargo, el problema básico del hombre, porque no explicaría cómo esa molécula llegó ahí o cómo a partir de ella pudo surgir la forma y complejidad del universo presente, o algo tan personal y tan básicamente singular como el hombre. Por esto es necesaria la respuesta bíblica.

Otra formulación de esta respuesta la tenemos en 2 Pedro 3:5: «Estos ignoran (los burladores que decían que Cristo no volverá realmente otra vez), voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste.» Dios, con su mandato (*fiat*), dio al mundo su existencia.

Debemos señalar algo más: «Pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos» (2 Pedro 3:7). Así, este pasaje no sólo refleja la creación sino también el fluir de la historia: tanto su comienzo como su continuación. Dios no sólo dio existencia a los cielos y la tierra por mandato divino, sino que aún obra en la historia de igual forma. No se ha convertido en esclavo de su creación. Ni es esclavo de la historia, porque El hizo la historia tal como es ahora. La historia se dirige a algún sitio: hay un fluir hacia la historia. Y la misma «palabra de Dios» vendrá con juicio y con fuego cuando Dios hable otra vez. Por tanto, aunque hay uniformidad de causas naturales en el mundo externo que Dios ha hecho, no es un sistema cerrado. Dios aún puede hablar cuando quiere, y Pedro dice que un día en la historia ciertamente hablará otra vez, para juicio.

Este concepto de creación por la palabra hablada está expresado maravillosamente en dos pasajes del libro de los Salmos. El primero se encuentra en el salmo 33:6, 9: «Por la palabra del SEÑOR fueron hechos los cielos...» Es de notar el exacto paralelo con los pasajes anteriores del Nuevo Testamento: por la palabra del Señor. También es de notar el versículo nueve: «Porque él dijo, y fue...» Se debería eliminar la palabra *hecho* de la traducción, ya que no aparece en el original. No sé por qué los traductores la pusieron ahí. Echa a perder el impacto y daña el significado. Más bien: «El dijo, y fue.» Aquello que no era, por medio de su mandato hablado, fue. Este es el comienzo del fluir de la continuidad espacio-tiempo, la historia como la conocemos.

El segundo pasaje se encuentra en el salmo 148:5: «Alaben el nombre del SEÑOR; porque él mandó, y fueron creados.» Este es el equivalente en el Antiguo Testamento de Apocalipsis 4:11, la base de la doxología: Dios realmente está ahí e hizo que fuesen todas las cosas que son.

No saber o negar el que las cosas fueron creadas es lo que hace sombría la problemática del hombre moderno. Rechazar la creación como una realidad histórica, espacio-temporal, es quedarse con lo que Simone Weil llamó la no-creación. No es que algo no existe, sino que sólo se mantiene ahí, autónomo en sí mismo, sin soluciones y sin respuestas. Una vez rechazado el que todas las cosas fueron creadas, significado y categorías sólo pueden consistir en algún tipo de salto, con o sin drogas, a un mundo irracional. Por tanto, la oscuridad del hombre moderno descansa principalmente sobre su pérdida de la realidad de la creación de todas las cosas (todas las cosas excepto el Dios personal que siempre ha sido).

Pero debido a que yo y todos los cristianos sabemos ciertamente, aunque no exhaustivamente, «por qué» algo está ahí, por qué el mundo tiene forma y el hombre personalidad, puedo encontrarme con Simone Weil u otro ser humano sin esperanza y hablar. Hay una respuesta, que hace posible la discusión de por qué las cosas son de la manera que son, y ésta es la base de mi agradecimiento, como debiera serlo para cada cristiano. A no ser que volviendo atrás profundicemos en las cosas que hemos comentado aquí, aun el agradecimiento por la salvación se convierte en algo sin significado porque está suspendido en un vacío. En verdad, como dice Jeremías: «No es así la porción de Jacob; porque él es el Hacedor de todo.» Ahora puedo estar agradecido tanto por el conocimiento de lo que es como por mi salvación en Cristo Jesús. Ya que ambas cosas están enraizadas en el hecho de que la porción de Jacob no es como los dioses antiguos o nuevos. El es distinto: El es el Hacedor de todo.

NOTAS:

- 1 Schaeffer, siguiendo la versión King James de la Biblia inglesa, traduce siempre el nombre divino Jahvéh (o Jehová) por SEÑOR (en mayúsculas). Así lo hemos dejado en la traducción castellana para ajustarnos al original.
- 2 Para un desarrollo más completo del material de los próximos párrafos véase *He is there and He is not Silent* (Tyndale House Publishers, 1972).

- 3 Ver *Retorno a la libertad y la dignidad* (Ediciones Evangélicas Europeas, 1973), en donde comento el libro de B. F. Skinner. *Más allá de la libertad y de la dignidad* (Editorial Fontanella, Barcelona, 1972).
- 4 La enseñanza bíblica en relación a la Trinidad es, por supuesto, desarrollada más ampliamente en el Nuevo Testamento, pero para otras indicaciones de la Trinidad en el Antiguo Testamento véase Gén. 11:7; Isaías 6:8; 44:6 y 48:16
- 5 El aoristo griego representa un pasado definitivo.
- 6 Este versículo es a veces usado por aquellos que dicen que la fe misma da conocimiento y así invalidan la necesidad del contenido de las Escrituras. Sin embargo, son las Escrituras mismas las que dan el conocimiento a que nos referimos aquí, y luego nosotros, sobre la base de lo que la Biblia considera razón suficiente, creemos lo que Dios nos ha dicho en la Escritura